
CANDIDO BOLIVAR PIELTAIN Y LOS BIOLOGOS ESPAÑOLES EN MEXICO

ENRIQUE BELTRAN

Presidente Honorario de la S.M.H.N.
Sesión homenaje al Dr. Cándido Bolívar Pieltain, Presidente de la S.M.H.N. (1947), 25 de febrero de 1977.

"No sería justo pasar por alto un hecho que tuvo señalada influencia en el desarrollo de la Zoología Mexicana. Nos referimos a la significación ejercida por algunos distinguidos naturalistas españoles". BELTRAN, 1961.

Tradicionalmente las relaciones entre los biólogos mexicanos y sus colegas españoles, a partir de 1821 en que se consumó la Independencia habían sido pobrísimas.

Nuestra formación cultural miró siempre hacia Francia —en este como en otros campos de la ciencia— y varios destacados naturalistas galos radicaron en México; algunos como los hermanos Dugés eminentes zoólogos. En cambio no recuerdo a ningún biólogo español que trabajara en el país, después de la muerte de don Vicente Cervantes en 1829.

Cuando en diciembre de 1936 reorganizamos la Sociedad Mexicana de Historia Natural, para iniciar su segunda época —en la que ha cumplido ya cuatro fecundas décadas— el grupo inicial lo integramos cuarenta personas, de las que 35 éramos mexicanos y cinco extranjeros; un francés, Gabriel Itié; un americano, William E. Stone; un alemán, Alfonso Dampf; un ruso, Carlos Stanch; y un hindú, Pandurang Khanckhoje.

Por lo que a mí respecta mis contactos con biólogos ibéricos aunque iniciados en épocas remotas habían sido escasos, superficiales y esporádicos.

El primero, cuando apenas tenía 21 años fue, ¡nada menos!, que con don Santiago Ramón y Cajal; la única figura de la ciencia española que todos los mexicanos conocíamos a través de su texto de Histología, por muchos años único usado en el país para el estudio de la asignatura.

Ocupada la Dirección de Estudios Biológicos en una serie de trabajos sobre efectos del pulque en animales de laboratorio, el Prof. Alfonso L. Herrera me encomendó estudiar las alteraciones anatómo-patológicas en los cuyos sometidos a la ingestión de la bebida, comenzando con el hígado. Como paso previo realicé el estudio histológico de dicha glándula en estado normal. Apareció en 1924 y le envié el sobretiro correspondiente, junto con una nota, a Cajal. Su acuse de recibo, el 18 de octubre de 1924, me llenó de júbilo al leer que encontraba en mi artículo "espíritu de investigación y lucidez interpretativa".

Aunque tan gentiles expresiones seguramente no eran sino bondadoso estímulo para un investigador novel, posiblemente haya hecho algún comentario, pues no de otra manera pude explicarme recibir dos años después un ejemplar del pequeño *Curso práctico de Biología*, por el Dr. M. Sánchez y Sánchez, de la Universidad de Zaragoza —discípulo de don Santiago— que me lo enviaba con amable dedicatoria

En 1926, cuando instalé la Estación de Biología Marina del Golfo, comuniqué tal cosa a los establecimientos similares del extranjero, manifestando deseos de establecer relaciones. Entre ellos el Instituto Español de Oceanografía y la Dirección General de Pesca, habiendo recibido respuesta de ambos. La primera firmada por Fernando de Buen como Jefe del Departamento de Biología y Servicio de Publicaciones de la Dirección, la segunda por su hermano Rafael, como Jefe de la Sección 1a. (Científica) de la propia Dirección, indicándome lo hacía por encargo de su padre don Odón, Director General, expresando que desde dos años atrás ocupaba él la Jefatura del Instituto de Oceanografía. Recibimos algunas publicaciones, pero la corta vida de la Estación impidió mayores contactos.

En julio de 1928, ya separado de la Dirección de Estudios Biológicos, el Maestro Herrera nos informó —a mi colega Enrique Cortés y a mí— que de la Dirección de Estudios Geográficos (de la propia Secretaría de Agricultura) se transcribía una invitación del Dr. Odón de Buen para dos jóvenes mexicanos que desearan realizar estudios en el Instituto Español de Oceanografía, preguntándonos si nos interesaba la posibilidad. Le contestamos que sí; pero cuando se trató de formalizar el asunto se aclaró que la invitación había sido únicamente para un crucero en el Mediterráneo, que se realizó en 1924. Esto impidió que desde hace casi medio siglo hubiese podido familiarizarme con el medio biológico español.

Estos fueron mis únicos e insignificantes contactos con naturalistas hispanos, hasta que lustros después, en mi propio país, tuve la grata oportunidad de tratar un amplio y selecto grupo de ellos, a quienes en párrafos posteriores me refiero.

No consideré, naturalmente, como un posible inicio de relaciones, haber recibido en 1935 un ejemplar de *Elementos de Higiene* y tres años después otro de *Elementos de Anatomía y Fisiología* del Dr. Orestes Cendrero —ambos con amable dedicatoria— puesto que sabía que el envío era exclusivamente de propaganda comercial —por cierto muy eficaz— utilizando listas de maestros en ejercicio que procuraba obtener en todos los países de habla española. Por cierto, que en mi caso el dato no era muy correcto, pues de su colección enciclopédica de textos escolares, escogió precisamente dos asignaturas que nunca he profesado.

Los movimientos políticos que precedieron a la caída de la anacrónica monarquía española, fueron seguidos con interés en México; y la proclamación de la República despertó viva simpatía del sector liberal, que subió de punto en los medios universitarios, al ver la decidida y copiosa participación de intelectuales en el nuevo régimen.

Naturalmente yo era partícipe de esos sentimientos; y al mes siguiente de las memorables elecciones del 12 de abril, anuncié una conferencia sobre el tema "La revolución española y la Iglesia", para el 23 de mayo. El acto tendría lugar en la Liga Anticlerical Revolucionaria —de la que era Secretario General— pero pretextando que tenía carácter subversivo, el local fue asaltado por la policía, y todos los concurrentes conducidos a la entonces Jefatura de Policía. Puestos en libertad posteriormente, la conferencia se llevó al cabo; y en el número de *La Sotana* —órgano de la LAR— en que dábamos cuenta del atentado, insertamos una fotografía del gran educador español Ferrer Guardia —cuatro lustros atrás— bajando esposado del coche celular que lo condujo al patíbulo en Barcelona, mientras dos guardias civiles lo contemplan. Sobre el grabado la leyenda: "Siempre lo mismo..."

El gobierno republicano fue radicalizándose cada vez más, y desde que el Gral. Cárdenas asumió la Presidencia en diciembre de 1934, le manifestó su absoluta simpatía y apoyo, especialmente después de mayo de 1936, en que Manuel Azaña asumió la Primera Magistratura. Al estallar, dos meses después la cuartelada nazifascista de Franco, México ofreció al Gobierno legítimo irrestricto apoyo, que mantuvo gallardamente hasta el derrumbamiento final de la legalidad.

Pero ya antes de ese derrumbe, que obligó a millares de españoles a abandonar su patria, para salvar su decoro de hombres libres o conservar la libertad o la vida misma, las condiciones bélicas dificultaban a los intelectuales seguir una actividad productiva. Por ello Cárdenas, que seguía de cerca estos problemas, decidió ofrecer refugio transitorio a algunos de ellos "mientras podían retornar a su patria", una vez aplastada la rebelión franquista... como ingenuamente se seguía esperando. Para eso se creó en junio de 1938 la Casa de España, cuya Dirección se confió a Alfonso Reyes y en la que encontraron acomodo José Bal y Gay, Enrique Díaz Canedo, Juan de la Encina, José Gaos, Gonzalo Lafora, José Moreno Villa y Adolfo Salazar.¹

¹ Lista tomada de las *Memorias* de Daniel Cosío Villegas, 1976, que fue Secretario de la Casa.

No me refiero a ninguno de ellos por no encajar en el calificativo de "biólogos". Y antes de seguir adelante, creo conveniente explicar que en este trabajo al hablar de "biólogos", me limito exclusivamente a aquellos profesionales, que poseían al llegar un grado específico: Licenciado o Doctor en Ciencias Naturales, según la denominación española, o equivalente de alguna Universidad extranjera. Ello explica que no mencione otros que ocasionalmente han abordado temas clásicamente biológicos, o que laboran en campos de frontera como Alvarez Buylla, Carrasco Formiguera, Comas, Costero, Folch P., Giral (J. y F.), Pi Suñer (J), Puche y muchos otros distinguidos investigadores y maestros.

Sólo tuve intervención directa en la venida de un biólogo, el Dr. Fernando de Buen, quien el 16 de abril de 1939, por indicaciones de mi amigo y colega Marcel Prenant y desde el Laboratorio Aragón en Banyuls-sur-mer, me

escribió pidiendo interviniera para lograr su traslado a México, incluyendo una relación de antecedentes científicos; y para identificarse con la República, la mención de haber ocupado el "puesto de Comandante-Jefe de Estado Mayor de un Cuerpo de Ejército".

Con el deseo de ayudar a un colega, y conocedor de las contribuciones que tanto él como su padre y su hermano Rafael, habían hecho en el campo de la Biología Marina, puse manos a la obra pensando en dos posibles posiciones que, convenientes para él, fueran también útiles a México, donde en aquellos años no abundaban los especialistas en el ramo. Una, para incorporarse al Departamento de Hidrobiología que se proyectaba en la Escuela N. de Ciencias Biológicas, idea que acogió favorablemente el Lic. Vázquez Vela, Secretario de Educación Pública; o bien como Asesor en Pesca del Departamento Autónomo Forestal y de Caza y Pesca, cuyo jefe el Ing. de Quevedo también recibió con agrado. Hablé igualmente con el Lic. Cosío Villegas, Secretario de la Casa de España, quien me dijo se había aceptado la venida de De Buen para que se incorporara a la Universidad de Michoacán como catedrático, a la vez que actuaría como Asesor de la Estación Limnológica de Pátzcuaro. Su actitud docente parece haber sido satisfactoria; pero sus contribuciones en la investigación no alcanzaron la calidad que yo había supuesto, como en otro sitio he comentado. Posteriormente se incorporó a la FAO y posteriormente a Chile, donde falleció.

Don Odón de Buen vino también a México, pero por su avanzada edad no realizó ya actividad alguna. Rafael De Buen, después de un corto paso por el país, se trasladó a Guatemala ligándose con la Universidad de San Carlos; regresó a México para trabajar en la Universidad Michoacana, donde ocupaba el cargo de coordinador de la Investigación Científica, cuando falleció en 1965.

Veamos ahora el brillante grupo que, a partir de 1939 llegó a nuestra tierra a disfrutar de la hospitalidad que tan amplia, irrestricta y generosamente les brindó México; y que ellos a su vez correspondieron con dedicación y trabajo, contribuyendo destacadamente al progreso de la Biología mexicana en las últimas cuatro décadas.

El primer lugar de la caravana le corresponde, y no creo que nadie lo discuta, a don Ignacio Bolívar y Urrutia que, próximo a cumplir los 90 años, no vaciló en dejar su patria donde gozaba de situación privilegiada e indiscutible prestigio, para emprender un fatigoso viaje lleno de incertidumbres, antes que claudicar y aceptar el sangriento dominio del fascismo en España.

Un lustro apenas vivió entre nosotros, y muy poco pudo hacer, por razón natural, en el terreno de la investigación. Pero su prestigio y hombría significaron mucho para dar respetabilidad a todo el grupo que lo reconocía como líder, y mostrar a sus colegas mexicanos el ejemplo de un científico que no sacrifica su dignidad de hombre al beneficio personal. Una contribución de tanto valor como la fundación de la Revista *Ciencia*, aunque surgida fundamentalmente del impulso y la apasionada entrega de su hijo Cándido, a tan meritoria empresa, quizá no hubiera sido posible o habría tenido que vencer mayores obstáculos, si no la hubiese cobijado con su prestigio el nombre de Don Ignacio, como Director.

Nacido en 1850, Ignacio Bolívar y Urrutia se dedicó con pasión al cultivo de las Ciencias Naturales especializándose en Entomología, campo en que alcanzó renombre internacional. Director del Museo Nacional de Ciencias Naturales de Madrid desde 1901, supo poner al establecimiento en envidiable altura, haciendo de él un semillero de biólogos, a cuya formación también contribuyó en sus cátedras de la Universidad Central. Miembro de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, sucedió en la Presidencia a Santiago Ramón y Cajal, y supo mantener dicho cuerpo al mismo nivel que el eminente histólogo. La Universidad Nacional de México le otorgó el grado de Doctor en Ciencias *honoris causa*, del que el Rector Gustavo Baz le hizo entrega en el viejo Paraninfo, junto con el conferido a su paisano Pedro Carrasco, en iguales términos.

No diría yo que el lugar que dejó vacío don Ignacio lo llenó su hijo Cándido porque siempre he creído que cada persona tiene características y realiza tareas que le son propias y que no pueden ser repetidas por otros. Pero es evidente que, a la muerte de su padre, Bolívar Pieltain fue la figura más destacada del grupo de biólogos españoles, junto con Enrique Rioja, a quien luego haré referencia; su contemporáneo en edad quien se sentía ligado a él con fraternal cariño.

Formado en la Universidad de Madrid, y en el Museo N. de Historia Natural, y miembro de ambas instituciones por largos años, Cándido Bolívar Pieltain, se especializó también en Entomología —con preferente dedicación a los coleópteros— y realizó igualmente valiosas contribuciones en el campo de la espeleología. Pero tenía una amplia cultura biológica, que le permitía comprender lo que pasaba en otras ramas, cosa que lo hacía de valor inapreciable para sus discípulos, a cuya disposición ponía siempre sus conocimientos cuando era requerido. Su adhesión a la República fue absoluta, y de 1936 a 1939, al lado de Manuel Azaña, ocupó el alto puesto de Secretario de la Presidencia.

A su llegada a México se incorporó por un breve periodo al Instituto de Salubridad y Enfermedades Tropicales, en el que yo laboraba desde su fundación. Tuve ahí oportunidad de tratarlo de cerca, y desde luego simpatizamos, iniciando una amistad que duró hasta su muerte. Mi carácter de Secretario Perpetuo por aquel entonces en la Sociedad Mexicana de Historia Natural, hizo que mantuviéramos estrecho contacto el año de 1947, en que ocupó la Presidencia de la Corporación. Aunque de carácter un tanto susceptible, era de una corrección y caballerosidad intachables, y su amplísima cultura y amena conversación constituían centros de atracción.

De años atrás venía yo resintiendo en mi cátedra de Zoología en la Preparatoria, la carencia de un texto nacional que, además de apegarse al programa, utilizara referencias a especies de nuestra fauna. Platiqué de esta idea con Bolívar, invitándolo a que nos uniéramos para emprender la tarea; estábamos en ello, cuando en 1947 apareció el *Manual de Zoología* de Rioja, Ruiz y Larios. Consideramos inconveniente seguir nuestro proyecto y lo interrumpimos.

Me he referido ya a la Revista *Ciencia*, cuyo motor principal para planearla, y en su realización, fue Cándido Bolívar, que a partir de 1946, asumió formalmente la Dirección. Aunque contó con valiosos colaboradores, a él se debió fundamentalmente el alto nivel alcanzado por la publicación, que comenzó a decaer cuando el precario estado de su salud lo obligó a abandonarla. En 1968 con motivo del Jubileo de Plata de la Revista *Ciencia*, sugerí se dedicara una sesión de la S.M.H.N. en honor de Bolívar, cosa que se llevó al cabo con la participación del Dr. Federico Bonet, el Dr. Alfredo Barrera y el que esto escribe.

La otra figura señera, Enrique Rioja lo Bianco, dos años menor que Cándido, era también hechura directa de Don Ignacio y ambos se trataban como hermanos, habiendo trabajado juntos en Madrid, tanto en el Museo como en la Universidad. Dedicado igualmente a la Zoología, los anélidos y los crustáceos fueron los grupos de su predilección, a los cuales dedicó un centenar de trabajos.

De su padre José Rioja Martín, fundador en 1886 y Director de la Estación de Biología Marina de Santander, heredó el gusto por la Hidrobiología, campo en el que ocupó posición muy destacada, de la que dejó constancia en más de 30 artículos. Al crearse en 1951 la Sociedad Mexicana de Hidrobiología, fue su primer Presidente, y en varias ocasiones mantuvo relaciones con la UNESCO para tareas de investigación o docencia en este ramo.

Tuve la fortuna de conocerlo desde que llegó a México en 1939, para laborar en el Instituto de Biología, ligándose después también con la Facultad de Ciencias, instituciones ambas en las que formó discípulos que se destacaron posteriormente. Su interés por la Hidrobiología, los problemas de la enseñanza de la Biología, y la Historia de la Ciencia —que siempre han merecido mi atención— motivaron una estrecha y sincera amistad, que duró hasta su muerte. En 1958 y 1959 tuve el placer de su compañía en la Directiva de la Sociedad Mexicana de Historia Natural, cuando ocupó la Presidencia.

Cuando en 1945, en compañía de otros colegas, iniciamos la redacción de textos modernos de Biología para la segunda enseñanza, que respondieran a los nuevos programas por cuya implantación venía luchando de años atrás, Rioja formó parte del equipo, y su colaboración en la primera y sucesivas ediciones por cuatro largos lustros, hasta que la interrumpió su fallecimiento, fue extraordinariamente provechosa.

De generación posterior a la de Bolívar y Rioja, pero ya con destacada personalidad cuando llegó a México, era Federico Bonet Marca entomólogo que se incorporó a la Escuela N. de Ciencias Biológicas, en la que al frente del laboratorio de Zoología, supo poner al mismo, tanto en materia de equipo y organización como por su rendimiento científico a envidiable altura. A partir de 1950, sin abandonar sus cátedras en el Politécnico, se ligó también con el Instituto de Geología y el Departamento de Paleontología de Petróleos Mexicanos, en los que ha hecho valiosas contribuciones y ayudado a formar jóvenes investigadores en el ramo. En 1944 ocupó la Vicepresidencia de la Sociedad Mexicana de Historia Natural.

Otro biólogo muy distinguido es Bibiano F. Osorio Tafall, que se incorporó a la Escuela N. de Ciencias Biológicas, en la que organizó el Laboratorio de Hidrobiología, del que han salido brillantes investigadores. Al crearse Guanos y Fertilizantes pasó a su Departamento Oceanográfico, y luego al de Investigaciones Industriales en el Banco de México. En 1942 y 1943 fue Secretario de Actas de la Sociedad Mexicana de Historia Natural. Con activa participación en la política española, en la que ocupó cargos muy destacados, de carácter inquieto, con una amplia cultura e incansable dinamismo, en 1948 abandonó México para trabajar en la FAO, pasando luego a las Naciones Unidas, donde logró ocupar cargos de significación. Recientemente regresó a radicar en México, aunque desconozco el campo de sus actuales actividades.

Dos botánicos distinguidos vinieron también a trabajar en nuestro país, y ambos hicieron valiosas

contribuciones.

Faustino Miranda, nacido en Asturias en 1905, se ligó con la Universidad Nacional Autónoma, tanto en el Instituto de Biología donde tuvo a su cargo la Jefatura del Departamento de Botánica, como en la Facultad de Ciencias en la que impartió varias cátedras, orientando a numerosos jóvenes que hoy tienen sitio destacado en el estudio de las plantas. Por dos o tres años radicó en Chiapas, donde fundó en Tuxtla Gutiérrez el Jardín Botánico y el Instituto de Botánica, Y dio a luz su magnífica obra en dos tomos *La vegetación de Chiapas*. A su regreso se reincorporó desde luego a la UNAM, hasta su fallecimiento en 1964. Formó parte del equipo que escribió los textos de *Biología* para la segunda enseñanza, mencionados al hablar del Dr. Rioja. Colaboró en estudios de su ramo en varias investigaciones del Instituto Mexicano de Recursos Naturales Renovables, y en 1955 y 1956 fue Vicepresidente de la Sociedad Mexicana de Historia Natural.

Enriqueta Ortega, botánica distinguida, ingresó también a la Escuela N. de Ciencias Biológicas, donde ha sido excelente maestra cuya actividad se ha reflejado ventajosamente en la juventud estudiosa, aunque su obra publicada ha sido menor de la que podía esperarse de su excelente preparación.

Manuel Castañeda Agulló, formó también parte del grupo que reforzó a la Escuela N. de Ciencias Biológicas. De formación botánica, y especializado en bioquímica —particularmente en estudios de enzimas— ha tenido a su cargo el Laboratorio de Fisiología General y Vegetal, al que ha sabido imprimir su gran actividad.

Junto a estas generaciones ya formadas y con sólido prestigio en su país, vino también un joven, que recién había obtenido la licenciatura, ocupado de entomología, particularmente membrácidos, que se ligó con el Laboratorio de Parasitología de la Escuela N. de Ciencias Biológicas, y a través del Dr. Galo Soberón, con el Servicio Antipalúdico de la Secretaría de Salubridad, publicando numerosos artículos: Dionisio Peláez.

Lugar muy especial merece Modesto Bargalló, que aunque se ha dedicado fundamentalmente a la Pedagogía, la Física, la Química y con especial cariño y notoria brillantez a la historia de la Minería y la Metalurgia en América Latina —particularmente en México— entre los varios grados que posee tiene el de licenciado en Ciencias Naturales, y ello lo califica a figurar en este grupo que, como al principio dije, está restringido exclusivamente a los biólogos "profesionales", o sea a quienes al llegar a México traían una licenciatura o un doctorado en ciencias naturales.

Esta coyuntura me complace extraordinariamente, pues a pesar de su excesiva modestia, Bargalló merece lugar destacado entre los científicos españoles, objeto de esta nota, y no hubiera querido dejarlo fuera de ella. No deseo detenerme a juzgar sus aportaciones a la Química, pues carezco de competencia para tal cosa; únicamente mencionaré las que ha hecho a la historia de la ciencia, en relación con la Minería y la Metalurgia.

Con formación y carácter de "maestro" en su más alta acepción, su ya larga vida de 83 años la ha dedicado íntegramente a transmitir sus conocimientos, en la cátedra o en publicaciones, a la juventud estudiosa, entre ella la que ha pasado por sus cátedras en el Instituto Politécnico Nacional desde hace siete lustros, y a partir de 1945, con especial cariño en la Escuela N. de Ciencias Biológicas, donde muchas generaciones lo recuerdan con afecto y respeto.

De mí, sé decir que la amistad que me ha prodigado la considero un privilegio, por venir de quien, a la vez que un científico de mérito es un hombre bondadoso y cabal en todos sentidos.

Junto a estos españoles a quienes México les abrió los brazos, cuando necesitaron refugio contra la tiranía, venían también sus hijos, que ya se formaron en nuestro medio, y han pagado esa formación con sus aportaciones de profesionistas.

Sólo mencionaré a tres, con los que he tenido contacto directo y que, cada quien en su campo, han logrado destacarse.

Cuando por invitación del Director General del I.P.N. Dr. Sandoval Vallarta y del Director de la E.N.C.B., me incorporé a esta última para impartir el curso de Protozoología (Parasitología 1), era ayudante de laboratorio Eulogio Bordas Costa, de origen catalán, pasante de Q.B.P., que mostraba mucho cariño por la investigación, y por algún tiempo laboró en este ramo. Posteriormente se ligó con empresas fabricantes de insecticidas y otros productos químicos.

Gonzalo Halffter cursaba la carrera de biólogo en la E.N.C.B. y llevó conmigo los cursos de "Conservación de Recursos Bióticos" e "Historia de las Doctrinas Biológicas", en los que se destacó por su ágil mentalidad y clarísima

inteligencia, no vacilando en calificarlo como uno de los más brillantes alumnos que he conocido en mi larga carrera docente. Actualmente es Director del Museo de Historia Natural de la Ciudad de México.

Julio Berdegué, condiscípulo de Halffter, aunque menos brillante, es inteligente y dedicado; y tanto su tesis profesional sobre *Peces comerciales del Pacífico*, como otros trabajos que publicó, hacían pensar que pronto ocuparía lugar destacado en la especialidad escogida. Desgraciadamente el haberse ligado con la industria pesquera, en la que ha tenido éxito, lo desvió de la investigación científica.

Y ya que el sujeto central de este trabajo, es mi estimado y recientemente fallecido colega Cándido Bolívar Pieltain, me es grato poder terminar la enumeración con el nombre de su hija Ana María Bolívar, bióloga egresada de la E.N.C.B. quien, al lado de su esposo el Dr. Jorge Carranza, actualmente Director del Instituto N. de Pesca se dedica con éxito a la docencia y la investigación.

* * *

He mencionado en esta reseña a 17 biólogos españoles venidos a México después de la caída de la República y, como puede verse en los datos que a cada uno se refieren, todos sin excepción, ofrecen un balance positivo, y en ningún caso México puede arrepentirse de haberlos acogido, pues en diferentes campos y grados, contribuyeron al progreso de las Ciencias Biológicas en nuestro país.

Pero como siempre hay algún grano negro en el arroz, de lo que no son responsables los muchos granos blancos, para que esta reseña tenga valor de aporte histórico, en que imparcialmente debe asentarse lo bueno y lo malo, haré breve mención a dos figuras cuyo recuerdo no es grato.

La primera fue un curioso individuo de nombre A. Martín de Lucenay, que apareció en México a mediados de los años 30, lo que lo descalifica para considerarlo un "republicano refugiado"; pero no impidió que posteriormente, pues radicó en México por tres o más lustros, se ostentara como tal, condecorado de la simpatía que los mexicanos sentían por las víctimas de la cuartelada franquista. Presentándose como doctor en Ciencias obtuvo acomodo en la Dirección de Pesca, y el entonces Director y antiguo compañero de trabajo Francisco Navarro Frago, me lo envió en demanda de opinión, la que fue desfavorable pues ni justificó el grado académico que declaraba poseer, ni en la plática sostenida demostró la menor competencia en materia biológica. A pesar de ello obtuvo trabajo y logró publicar varios artículos de nulo valor. Tenía una "Estación Experimental" para trabajos en cocodrilos en algún sitio de la costa de Veracruz y en una ocasión que se acordó clausurarla por economía ofreció seguir sosteniéndola si se le conservaba la categoría "oficial" que ostentaba, lo que dio motivo a pensar si utilizaba el sitio con fines de contrabando, aunque sólo fue un rumor.

Hablando con algunos colegas de los mencionados en este artículo, me platicaron que en España obtenía buenas ganancias publicando folletos pornográficos con barniz médico científico, que se vendían en los quioscos de periódicos.

El otro caso fue de una persona de mayor categoría, que servía una cátedra en la Escuela N. de Ciencias Biológicas, en cuyo *Anuario* aparece como Doctor en Ciencias Naturales de la Universidad de Madrid, Leoncio Gómez Vinueza. En 1954 publicó un texto de *Biología* (1er. curso) que tenía abundantes y curiosas "coincidencias" con el publicado por el equipo que en otro sitio mencioné, como reproducir errores de imprenta en nombres científicos de especies, que nos obligaron a los seis autores —entre ellos dos paisanos suyos, Enrique Rioja y Faustino Miranda— a demandarlo judicialmente por plagio, en lo que parece estuvimos equivocados, pues el juez falló que esas "coincidencias" eran inevitables en textos de tal nivel. Sin embargo, antes de conocer la resolución, Gómez Vinueza, se había acercado a Rioja escudándose en su viejo conocimiento, rogándole intercediera para que se retirara la demanda a cambio de un arreglo económico, lo que rehusamos.

* * *

A casi tres décadas de la llegada de los biólogos españoles que vinieron a radicar entre nosotros, podemos tener ya una visión panorámica del episodio y sentirnos satisfechos.

Creo que el momento fue oportuno por más de un concepto. En primer lugar el clima ideológico prevaleciente en el medio científico mexicano era en general afín a la ideología de los recién venidos, y por ello explica la facilidad con que, fuera del terreno científico se entablaron cordiales y permanentes relaciones de amistad tan provechosas

en muchos casos.

Además su venida coincidió con la creación o vigorización de muchas instituciones docentes y de investigación, con buenos equipos y condiciones de trabajo, para que pudieran desenvolver todas sus capacidades.

Y por último, que para entonces ya existía un grupo de biólogos mexicanos de excelente calidad, lo que en caso de no haber sucedido, hubiera podido crear un desfavorable complejo de inferioridad ante los recién venidos. Pero al mismo tiempo había también huecos no llenados por investigadores nacionales, en los que los nuevos valores pudieron hacer aportaciones muy valiosas.

Se trató pues, de un episodio en el que hubo armoniosa integración y mutua comprensión, que justifica que, como hace más de tres lustros escribía, y en el encabezado de este artículo reproduzco, estimé de justicia señalar la "significación ejercida por algunos distinguidos naturalistas españoles" aquí mencionados, en el desenvolvimiento reciente de la Biología mexicana.